

«Acercábase el instante decisivo, y el conclave se hallaba muy agitado. En la tarde del mismo día (16) el escrutinio empezó á las tres. Mastai ocupaba su puesto; estaba pálido y preocupado al parecer, pues el resultado de la votación de la mañana le tenía inquieto, de modo que estuvo orando todo el tiempo que medió entre ambos escrutinios.

«Abrióse la sesión con el cántico *Veni Creator*, despues del cual procedióse á escribir y depositar los votos en el cáliz; y despues de mezclar con ellos los que con las formalidades de costumbre se recogieron de los enfermos, empezóse á contarlos en medio de un solemne silencio.

«Mastai (era uno de los escrutadores) leyó su nombre en la primera cédula, en la segunda, en la tercera, y así consecutivamente hasta la decimaséptima, sin interrupción alguna. Su mano temblaba, y al leer otra vez su nombre en la décimooctava papeleta que le presentó el escrutador, sus ojos se anublaron, viéndose obligado á rogar á la Asamblea que, haciéndose cargo de su turbación, designara á otro cardenal para continuar contando los votos. Mastai olvidaba que la elección hubiera sido nula á interrumpirse el escrutinio; mas felizmente lo recordó el sacro Colegio. «Sosegaos, descansad un poco, que ya esperaremos,» exclamaron todos los cardenales (1). Los mas jóvenes, agrupándose en torno de él, le obligaron á sentarse, y uno de sus colegas le presentó un vaso de agua. Á pesar de todo continuaba trémulo, silencioso, inmóvil. Nada oía, nada veía, y dos rios de lágrimas surcaban sus mejillas.

«Esta profunda y verdadera emoción, producida por el espanto que le causaba su propia grandeza, ganó el ánimo de la mayor parte de los cardenales, quienes se enternecían tanto mas, cuanto que en esos tesoros de modestia y de sensibilidad que aparecían á sus ojos, vieron una justificación inesperada y tierna del acto que acababan de llevar á cabo.

«Trascurridos algunos instantes, el cardenal Mastai levantóse, y se acercó otra vez á la mesa sostenido por dos de sus compañeros. Acabó de contar con lentitud los votos, y al leer la última cédula había leído ya su nombre treinta y seis veces.

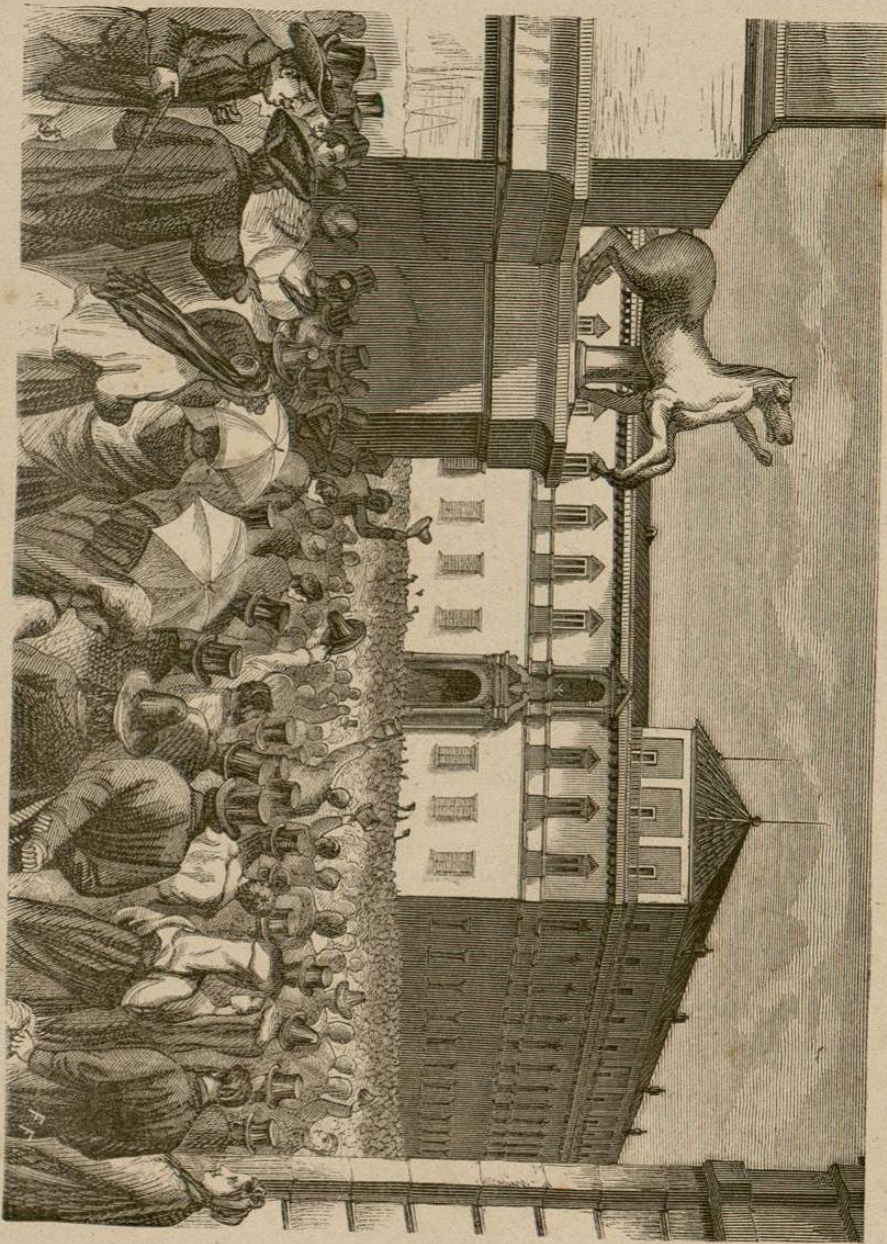
«En aquel momento levantáronse los cardenales, y una sola voz resonó en la bóveda de la capilla Paulina: el sacro Colegio confirmó por aclamación el resultado del escrutinio.

«Hase hablado de una paloma que en el primer escrutinio, y en el momento en que el cardenal Mastai leía su nombre por la décimatercera vez, penetró en la capilla por una ventana, y revoloteó sobre su cabeza. Si el hecho es cierto, es difícil no ver (sobre todo despues de lo ocurrido durante el viaje de Imola á Roma) un indicio manifiesto de hallarse destinado el cardenal Mastai á ocupar la Santa Sede.»

Interrogado el favorecido Cardenal si aceptaba el pontificado, resistiase á cargar sobre sus hombros tal peso; pero al fin, instado largo rato, aceptó derramando lágrimas y exclamando: *Ecce servus indignus tuus, fiat voluntas tua.*

(1) Tenemos ante la vista una biografía de Gregorio XVI en la que se trata de la elección de Pio IX, y leemos en ella estas líneas: «Cuando en el último escrutinio leyó la trigésimacuarta papeleta que le daba el voto, y decidía ya de su elección canónica, abrumado del peso inmenso que el trigésimocuarto voto le imponía, se sintió desfallecer y no pudo continuar la lectura. Concluyéronla los otros dos escrutadores, y encontraron todavía dos votos mas en su favor.» No es cierto que la lectura fuese concluida por los otros escrutadores, y la razón nos la acaba de dar Artaud de Montor. Tal es la formalidad de acto tan solemne, que bastaría para anular la elección el que se hubiese cambiado por cualquier causa uno solo de los escrutadores.

ANUNCIO AL PUEBLO DE LA ELECCION DE PIO IX DESDE EL QUIRINAL.



Preguntado por el nombre que queria tomar, respondió que el de PIO, sin duda en memoria de Pio VII que le habia aconsejado abrazar el estado eclesiástico.

Siendo muy adelantada la hora cuando se terminó el escrutinio, tuvo que aguardarse al dia siguiente para la publicacion de tan fausto acontecimiento. Sin embargo, el rumor de que habia Papa corrió por la ciudad desde el martes por la noche, por mas que no pudiese saberse la persona en quien la eleccion habia recaído. Muchas fueron las personas que pasaron la noche en Monte-Cavallo, donde al amanecer era ya imposible transitar, pues que todo Roma habia acudido á las inmediaciones del Quirinal, ansiosa de escuchar el nombre del nuevo soberano.

Á las nueve y media cayó la tapia del balcon, y apareció el cardenal carlengo Riario-Sforza. Un sepulcral silencio reinó en la multitud. El Cardenal con voz sonora y esforzada, para que pudiese ser oído del mayor número posible, exclamó: *Papam habemus eminentissimum ac reverendissimum dominum JOANNEM MARIAM MASTAI FERRETTI qui sibi imposuit nomen PIUM IX.*

Inmediatamente empezaron á resonar vivas y aclamaciones de la multitud que deseaba ya ver y saludar al nuevo Pontífice, que debia dejar caer sobre el pueblo su primera bendicion. Los individuos del sacro Colegio ocupaban las ventanas del Quirinal, y las de los demás edificios de la plaza, del palacio Rospigliosi, de la Consulta, etc., y hasta las azoteas se veian atestadas de personas.

El conclave en que fue elegido Pio IX fue, como hemos visto, brevísimo, lo que es muy conveniente á la Iglesia, pues de este modo no pueden tener lugar las intrigas de las cortes extranjeras.

La Ciudad eterna se entregó al regocijo, y en todos los rostros se advertian marcadas señales de alegría por el advenimiento del nuevo Pontífice. Mas ¡ay! aquellas fiestas tenian muchos puntos de contacto con los *Hosannas* de Jerusalem. Los mazzinianos se agitaban; las ideas revolucionarias, que eran propagadas por los activos miembros de la *Jóven Italia*, trabajaban por abrirse paso en la ciudad pacífica de los Papas. El espíritu de las discordias se paseaba por las orillas del Tiber, y el ángel de las revoluciones se preparaba para cerner sus negras alas sobre las gradas del Capitolio y la cúpula del Vaticano. Algunos hombres pensadores, que conocian los trabajos de las sociedades secretas, temian sí, á pesar de la bondad y dulzura de Pio IX, resucitarian los tiempos de Marco Antonio y de Catilina, y eso cuando por todas partes se escuchaban las aclamaciones al venerable Pontífice, y el eco de las músicas que alegraba al pueblo. ¡Bien pronto pudo verse que no se engañaban en sus presentimientos los que así discurrían, aunque sin atreverse á manifestar en público sus temores! No temian que pudiese alterarse el depósito de la fe y de la doctrina, ni el sistema del gobierno de la Iglesia, ni que se interrumpiera la série de los sucesores de Pedro. Podria ser que la revolucion amenazadora llegase hasta el trono del Vaticano. ¿Seria la primera vez que Roma se veia víctima de la perfidia de los hombres? La historia conserva en sus anales hechos que ahora mas que nunca conviene tener presentes. La invasion de Átila, *azote de Dios*; el saqueo por las tropas de Alarico; la preponderancia de los exarcas de Ravena sobre Italia; la dominacion de Napoleon en la Ciudad eterna; la dispersion del nuevo Colegio y el cautiverio y grandes padecimientos de los dos venerables pontífices Pio VI y Pio VII; hechos que no han podido derrocar la frágil navecilla.

Hemos de ocuparnos detenidamente en el capítulo siguiente de la situación del mundo al advenimiento de Pio IX al trono pontificio. Esto nos hará hacer una excursión histórica por la Italia, y extendernos sobre los acontecimientos que no hemos hecho otra cosa que indicar en el presente, que vamos á terminar presentando el retrato que un escritor ilustre hizo de Pio IX en los primeros tiempos de su pontificado; ; cuánto ha dicho posteriormente ensanchando las dimensiones del cuadro !

«La fe y la bondad son los rasgos dominantes de aquella fisonomía en que se juntan todos los esplendores morales. La fe no conoce límites; la bondad solo está circunscrita por las necesidades de la justicia. Esos dos soles, la fe y la bondad, giran en una inteligencia vasta como el cielo. La presencia y conversacion de Pio IX proporcionan al alma aquella especie de bienestar de que se disfruta ante un paisaje de ilimitada extensión lleno de magnificencia, bajo un cielo despejado. Junto á Pio IX se experimenta una impresión igual á la que sentimos, por ejemplo, al contemplar Roma desde las alturas de monte Mario: la misma suave majestad, la misma serena alegría de luz; y allí está toda la historia reunida en un solo punto. Todos experimentan esa impresión y la atestiguan, pues Pio IX es, entre todos los vivientes, á quien el mundo vió mas de cerca. Él ha acogido á innumerable multitud de individuos de todas regiones, edades y categorías, conversando con ellos, y dejándolos extasiados y aromatizados con su suavidad. Aquella paciencia que todo lo escucha, aquella inteligencia que todo lo comprende, disponen de una memoria que no olvida un solo incidente, una sola fisonomía. Se recuerda del pobre, del mendigo, del esclavo, y los consuela. Su gravedad sonríe convenientemente; con facilidad se enternece; habla de los hombres sin aspereza, evitando citar nombres que tendría que vituperar. Cuando se defiende de ellos, su lenguaje respira compasión. Al caracterizar la acción mala, su fe es la terrible responsabilidad del pecador, y conócese que su corazón desearía absolver.

«Esa mansedumbre, sin embargo, puede trocarse en la severidad del príncipe, del doctor y del juez. El pueblo bajo lo ignora; pero lo experimentaron varios grandes, pues viéronse elevados personajes salir de la presencia de Pio IX aterrorizados. Mas ese rigor es raro, necesita ser impuesto por la necesidad. La bondad rebosa, y para con los humildes llega hasta el agasajo: *Pater pauperum*. Ese es uno de los títulos de Jesús. Los hospitales de la ciudad vieron mas de una vez al Sumo Pontífice junto al lecho de los enfermos ejerciendo las funciones de mero sacerdote. En la época del cólera oyó en confesión y recibió el último suspiro de un pobre á quien nadie asistía; tan crecido era el número de enfermos. ¿Y necesitaremos decir que el Sumo Sacerdote no se exime de ninguna obligación de los fieles; que es humilde, benigno, paciente, caritativo, resignado; que su vida es una continua penitencia y un perpétuo trabajo (1) ?»

(1) Veullot: *Parfum de Rome*.

## CAPÍTULO IX.

### SITUACION DEL MUNDO Á LA ELEVACION DE PIO IX

AL PONTIFICADO.

EL cuadro que ofrecía la sociedad á últimos del siglo pasado y principios del presente, que á grandes rasgos tenemos ya descrito, hubo de sufrir importantes modificaciones debidas á la acción reformadora del tiempo, y al cambio de los intereses políticos, consecuencia natural de la marcha de los acontecimientos.

El despotismo de la revolución y la tiranía de Bonaparte habían extenuado las fuerzas beligerantes de la Europa, que, ávida de descanso, celebró una tregua que le permitiera algunos años de reposo. Á propósito calificamos de «tregua» á la base de la paz relativa de nuestra sociedad, como quiera que por desgracia no puede ser calificado de verdadera constitución de principios el tratado de la cuádruple alianza, que desde el año 1815 sirvió de punto de partida á la política europea.

Los soberanos, alarmados justamente por el desborde de la doble tiranía, la revolucionaria y la imperial, teniendo ante sí, el uno los escombros de Moscou, los otros los lagos de sangre de Jena y Austerlitz, quisieron enclavar la rueda que amenazaba aplastar en su veloz marcha troncos y altares. Comprendieron que era indispensable celebrar una alianza íntima, y oponer al cinismo de los incrédulos y á la profesión desmoralizadora de la blasfemia pública una confesión clara y explícita de los sentimientos cristianos en que se basaba el ardor político antes del estallido de la revolución francesa.

El tratado dicho de la santa Alianza es quizá el documento político mas notable de nuestra época, y es preciso tenerlo á la vista para juzgar con rectitud los acontecimientos posteriores. Su redacción es concisa, empero las tendencias que revela son inconmensurables, aunque sus efectos hayan sido nu-